

Mahón

S.M./R.1



Epoca II. Año II

Alayor 20 de Enero 1912

Núm 69

Cruz y Espada

Publicación Semanal

Redacción y Administración:
Barsola, 1.

Suscripción 0'15 ptas. al mes
Núm. suelto 0'05 ptas.

La lucha de hoy día

Un sentimiento de angustia se apodera del corazón al ver el espectáculo de la lucha feroz, desleal, que se hace á la Iglesia de Jesucristo. Pocas veces, dice Nuestro Santísimo Padre Pío X, tanto como ahora, ha podido compararse la Iglesia á una barquilla combatida y agitada por deshecha tempestad. «Pero nuestra fe, añade el Papa, no vacila.» Firme como la peña, triunfará la Iglesia de los futuros asaltos del infierno, como ha triunfado de los que pasaron. Y cierto que no nos faltan motivos de esperanza, aun mirando nada más que á la corteza de las cosas, á lo que despliegan ante nuestros ojos los actuales acontecimientos. Y no me refiero precisamente á este despertar del sentimiento católico que en España y en Francia, en Inglaterra y en Alemania, de tantas maneras y en tantas formas se deja sentir; no es esto precisamente lo que me parece dar más sólida garantía de un porvenir venturoso. *La señal más clara de la fuerza vital de la Iglesia en competencia con sus enemigos, está en las*

posiciones que ha debido tomar el infierno para llevar adelante la lucha.

Cuando el infierno vomitó sobre la tierra el liberalismo, parece que llegó á acariciar la ilusión de haber descubierto la máquina de guerra que había de aniquillar á la Iglesia. La revolución se figuró que rotos al fin los diques y abierta de par en par la puerta á todos los errores y disoluciones, perecería la Iglesia ahogada ó asfixiada, sin que fuera menester desenvainar el acero: el gran principio liberal de la omnimoda libertad de conciencia y pensamiento, había de ser el faro luminoso que disipara todas las sombras de la superstición é iluminara los inmensos horizontes del porvenir. Ahora, el principio liberal yace gastado y desacreditado; su impotencia contra la Iglesia está evidenciada.

¿Cuántas libertades de las que proclamó la revolución han quedado intactas? ¿Quizás sólo una, la de imprenta, porque hasta ahora le ha ido bien con ella á la revolución; por esta causa no le ha puesto ningunas trabas y la defiende con ademán terrible como si fuera su Paladio. Mas ¿acaso no haría otro tanto con las demás libertades si para el intento de

oprimir á la Iglesia le sirvieran igualmente? ¿No sería paladín de la libertad incondicional de asociación, de enseñanza, de conciencia, aun en sus manifestaciones externas? Si hoy anda pues, fabricando leyes de excepción, si reniega ya de la plena libertad de conciencia y de enseñanza, es porque *el sistema ha fracasado*.

Y ha fracasado precisamente donde más satisfacción habría tenido el infierno en verlo triunfar. ¡La libertad de que más abomina en el día de hoy el liberalismo, es la de enseñanza! ¡Él, que se preciaba sobre todo de ser adalid de la ilustración y de llevar con la libertad la antorcha luminosa que disipara las tinieblas de la ignorancia! ¿cuál no habría sido su satisfacción si en el campo de la enseñanza hubiera podido eclipsar á la Iglesia? Y aquí, sin embargo, es donde ha sufrido la más vergonzosa y humillante derrota.

A un paso de nosotros está la nación francesa, tierra la más acomodada á los progresos de la revolución impía y del liberalismo doctrinario. Pues en Francia ha tenido que reconocer la revolución su impotencia para luchar con armas iguales contra el catolicismo. Todos los recursos de la revolución y del racionalismo, unidos á los inmensos del estado, no podían (es confesión del enemigo) sostener la competencia contra las fuerzas que les oponía la Iglesia. Los establecimientos públicos de enseñanza bajaban á medida que los de la Iglesia subían, y al fin los alaridos de la revolución estremecida provocaron las medidas violentas que presenciarnos, encaminadas á impe-

dir (lo que de otra suerte era imposible) que las generaciones futuras fueran de la Iglesia católica. La fuerza, la violencia, las medidas vejatorias, han arrancado aquellas plantaciones lozanas; no la luz, no la ciencia, no la competencia leal. ¿Por qué han dejado, pues, el arma de la libertad y acudido al viejo sistema de Nerón y Domiciano?

Y si en el suelo de Francia, agostado y asolado por la revolución del 93, pocos años bastaron para que tal reflorecimiento adquiriera el catolicismo, ¿será temerario presagiar que, pasada la presente tormenta, vuelva á renacer y reverdecer en la patria de San Luis esta bendita planta de la religión católica, y llegue á penetrar todos los senos de la sociedad? ¡Ah! no. *El liberalismo pasará, ó por mejor decir, está ya agonizando. El mismo se firma la sentencia de muerte.*

Al proscribir los votos religiosos, dice que lo hace por ser los votos contrarios á la moralidad; al excluir á los religiosos de la enseñanza, da por razón que sus doctrinas son perniciosas al bien común. Así deja escapar la confesión preciosa de que la autoridad pública ha de cohibir la inmoralidad, y que la propaganda de perniciosas doctrinas no debe tolerarse por el Estado. Bien está; precisamente esto es lo que enseña la Iglesia en el Syllabus. Toda la diferencia entre lo que enseña la Iglesia y lo que supone la revolución consistirá en determinar lo que es inmoral y pernicioso: para la revolución lo es el guardar pureza, para la Iglesia lo es otra cosa; para la revolución es antisocial el catecismo católico, para la Iglesia lo es el anarquista. El buen sen-

tido de las poblaciones al fin decidirá quien tiene razón.

Pero si hay indicios que nos dejan entrever el día de luz en que el liberalismo desaparezca, *no debemos con todo ilusionarnos sobre la gravedad de la situación presente, antes por el contrarlo hemos de convencernos que se avecinan días de prueba, como tal vez en los primeros siglos.* La fuerza vital de la Iglesia que se nos revela en los hechos referidos, y que se nos descubre también en el foco de luz que está mostrando en el campo de la cuestión social, esta fuerza muchas veces ha de recogerse en el corazón, ha de esconderse, como si dijéramos, en la raíz, y no impide que la furia de la tempestad desmenuce hojas y ramas, seque las flores y aun deje el tronco terriblemente quebrantado.

También es útil recordar que á veces la última persecución es la más fiera; hay que aprestarse por tanto que con denuedo á la lucha; no dudemos que los combates serán sangrientos, que muchos parecerá ganarlos el enemigo; pero si sabemos afianzar al pie en la roca firme, que nada pueda contrastar no hay que temer: la victoria será nuestra.

Y para este fin lo primero en que hemos de fijar nuestra mirada, si queremos acertar con la verdadera táctica, ha de ser en el carácter propio de este combate. El Conde de Maistre lo resumió en una frase admirable: «La revolución moderna es *satánica*, la reacción si no es *divina*, será nula.»

Ahí está todo; no resistiremos victoriosamente á la revolución si acudimos á recursos meramente humanos. La fuerza

de la revolución es diabólica: toda aquella suma de energías que la soberbia contrariada y la disolución sin freno desarrollan en el corazón del hombre al topar con el muro que le opone la Iglesia; la rabia satánica que se levanta como ola encrespada al oír aquel «*mon licet tibi*» y aquel siniestro «*ite maledicti in ignem eternum*», esta rabia, digo, llega á tener tal potencia, que no bastan á reprimirla las frías razones humanas, aunque tengan el auxilio de la buena fe de todas las personas decentes. Este baluarte se lo llevará el ímpetu revolucionario, como arrastra el huracán los hojas livianas.

Hay que partir del principio que la revolución tiene fuerza *satánica*, y que la batalla de hoy la considera quizás como decisiva. A nosotros toca marchar adelante con la cara descubierta y dar el combate donde tenemos segura la victoria. Y la victoria la tenemos en la virtud *divina*; en esta virtud que es lo que con más rabia la revolución infernal combate. ¿Quién sino la revolución salida del infierno podía aborrecer con tanto encono lo que hay de más puro y sagrado en la religión de Jesucristo?

La virtud de la pureza, el desprendimiento de los bienes de este mundo, el consagrarse á un ideal, ya sea de la propia santificación ya de ejercicio de caridad, el irse á servir en hospitales y orfanotrofios, el asistir á desdichados ancianos, el enseñar el evangelio y con él las luces de la civilización á hombres salvajes, el sepultarse en una isla de leprosos, el hacer todo esto y obligarse delante de Dios á emplear en ello toda la vida; ¡esto

y nada más que esto es lo que ha sabido encontrar de inmoral é intolerable la revolución diabólica en las corrompidas sociedades modernas! «Los derechos, dice, al matrimonio, á la propiedad, á la disposición de la propia vida y acciones son imprescriptibles; permitir que se renunciara á ellos fuera dejar que el hombre se despojara de lo más noble que encierra su naturaleza.» Así lo define el liberalismo.

Y tal vez para que se vea claro la sinceridad profunda con que profiere tales expresiones, para que no quede duda de cuán metido tiene en el corazón el liberalismo radical este amor á los derechos imprescriptibles, anda defendiendo con furor aquellas organizaciones que asentan los tiros contra el derecho mismo de poseer, que califican *toda propiedad de robo* y excitan á los pobres á su destrucción: á aquellas asociaciones que abominan *del matrimonio*, aun del civil, y que no conciben otra forma de sociedad que aquella en que el individuo, absorbido por el Estado, no tenga derecho ni aun para elegir la comida, ni el oficio ú ocupación, ni siquiera la distribución de las horas del día. ¡Tal es la sinceridad con que habla el liberalismo al proscribir los votos religiosos en nombre de los derechos imprescriptibles de *propiedad, del matrimonio, de disponer su propia vida y persona!*

Así que la suerte está hechada: hoy no se trata ya de saber sino esto: quién ha de reinar en el mundo, si Jesucristo ó Luzbel. La gran ley de la historia que delineó San Agustín en las *dos ciudades*, se sobrepone á todas las leyes de evolu-

ción, de progreso de ideas, de desarrollos lógicos. Dos grandes fuerzas, un amor y un odio que giran al rededor de un mismo objeto, son los poderosos motores de la moderna sociedad. No perdamos tiempo queriendo demostrar á los enemigos de la religión que faltan á la lógica al ser intolerantes con la Iglesia. Para ellos no hay otra lógica que la que ellos llaman *sustancial* y que no es muchas veces en el fondo sino la lógica de las pasiones. Esta lógica cambia de traje siempre que le trae cuenta para llegar á su fin. No cometamos pues la inocentada de esperar que el radicalismo, cayendo en la cuenta de que falta á la lógica, devuelva á la Iglesia sus derechos.

¿Dónde pues hallaremos la fuerza para quebrantar la ola enemiga? En Jesucristo y nada más que en Jesucristo, Dios y hombre verdadero, tiene en su mano las llaves de la vida y de la muerte, y ante su trono ha de doblar la rodilla, mal que le pese, toda la pujanza del infierno. Y esta virtud la comunica Jesucristo á todos sus discípulos con tal tengan fe viva en su palabra y amor ardiente á quien dió su sangre divina por ellos. Esta fe armó de invencible valor en nuestra España á la niña Eulalia, y á los tiernos Justo y Pastor y á otros mil y mil que supieron, muriendo, regar aquel árbol de verdadera libertad cuyas ramas sustentan la máxima sublime que ha libertado al mundo: *antes hay que obedecer á Dios que á los hombres.*

Este amor encendido á Jesucristo ha de hervir en el pecho y brotar fuera como las llamas de un volcán cada vez que el infierno intente poner su mano sacri-

lega en la Sagrada Persona del Redentor y en los derechos de su Iglesia. Es menester que á las obras de odio del infierno se responda con obras de acendrado amor, de expiación y sacrificio, y que á las negaciones y blasfemias de los impíos se conteste con la valiente profesión de fe en la divinidad del Crucificado, y que en voz alta y con la frente erguida se revidiquen los imprescriptibles derechos de Cristo Rey. Más valen dos docenas de mujeres llenas de este valor que millares de hombres cobardes, de esos que cubren los Cristos cuando el infierno ruge, y que nada temen tanto como excitar las iras y venganza de la plebe revolucionaria. No hay que andarse con vanas fantasías; la cruz de Jesucristo triunfa sola; dentro de sí encierra toda la virtud con que los apóstoles derribaron el edificio colosal del paganismo; pero esta virtud no la halla quien no lleva la cruz impresa en la frente é hincada en el corazón.

Y esta virtud ha de comunicar su fuego á todos los otros sentimientos nobles que laten en el corazón humano. El sentimiento de dignidad ultrajado con los brutales ataques de los sectarios, contra lo que hay más puro en la moral evangélica; la indignación ante las vilezas y mentiras de quien con una mano encarcela como criminales á los que de grado renuncian el uso de un derecho, y con la otra da patentes de corso á los que al mismo derecho hacen guerra mortal; estos sentimientos y otros parecidos han de armar nuestros pechos de fortaleza frente al peligro que amenaza las almas, sobre todo de la infancia inocente y de

la inexperta juventud; y á este diluvio de inmundicias que amenaza anegar cuanto hay de noble y generoso—el sentimiento de la patria, el de la fidelidad conyugal, el derecho de los padres de familia—hay que oponer un muro firme é inquebrantable. Cuando la morisma inundó los campos de nuestra patria, todo fuera perdido á no ser por un puñado de valientes que enarbolando la cruz y jurándole eterna fidelidad abrieron el abismo que dividió las dos civilizaciones, y murieron barriendo la ola agarena que amenazaba estancarse en nuestro suelo y convertirlo en lo que es hoy el Norte de Africa ó la Rumelia. Así se dió principio con aquel ¡no! sublime á la brillante gloriosa historia de España.

Otro *no* igualmente enérgico es el que ha de el marcar límite de las conquistas enemigas y librar á España del yago de la nueva morisma, mil veces peor que los sectarios del Corán.

(*La Alianza Católica*)

P. ABADAL.

Patrón de la Semana

La Conversión de S. Pablo, Apóstol

No contento Pablo con perseguir á los discípulos de Jesucristo en Jerusalén, pidió cartas al Sanedrín para ir á Damasco y traer presos á cuantos cristianos encontrase en la ciudad y en su tránsito. Pero el Señor, que había determinado hacer del perseguidor de su Iglesia un celoso Apóstol de su doctrina, al acercarse á las puertas de Damasco, por medio de un rayo de luz le hizo caer en tierra y le dijo:—*Saulo, Saulo, ¿por que*

me persigues?—A lo que éste contestó:—¿Quien sois Vos, Señor?—Y el Salvador le respondió:—*Yo soy Jesús, á quien tu persigues; pero en vano tiras coces contra el aguijón. Ve á la ciudad y hallarás un hombre llamado Ananías; él te instruirá en la doctrina que quiero que desde hoy más prediques.*—Había quedado ciego Saulo, y llevado á casa de Ananías, fué instruido y bautizado; recobró la vista y desde luego comenzó á predicar que Jesucristo crucificado, á quien él había perseguido, era Hijo de Dios, el Mesias deseado.

TIRANÍA SECTARIA.

Á los de la cáscara amarga les habrán oído ustedes gritar mil veces contra el dogma. En sus periódicos, venga ó no venga á cuento, hacen lo mismo. Para ellos, el dogma es el torcedor de la inteligencia, los grillos y cadenas que aprisionan á la razón, impidiéndola marchar por las vías del progreso, y no sé cuantas cosas más.

Al Catolicismo le odian por muchos conceptos; pero cuando llegan á la cuestión del dogma, es una tirria la que le tienen, que parecen energúmenos. Creer en la vida futura, en la divinidad de Jesucristo y de su Iglesia, en los Sacramentos y en el Papa, y creer siempre lo mismo sobre esto, sin quitar punto ni coma, eso dicen, no se le ocurre á nadie más que al Catolicismo. Todo esto, concluyen, todo esto es un atentado contra la libertad.

Pero luego resulta que á renglón seguido, se olviden de lo que han dicho y escrito contra la sumisión que á sus dog-

mas exige el Catolicismo, porque para sus doctrinas, ideas y tendencias quieren de los suyos una sumisión ciega y borreguil. Si alguno se desvía de la norma que sus jefes le señalan, ó se permite poner en duda algún principio de su política sectaria, ya se puede preparar. Le niegan el agua y el fuego, y á poco que se descuide, le *suprimen* en un abrir y cerrar de ojos en nombre de la libertad de conciencia.

Y es saladísima la libertad de conciencia que profesa esta gente que truena contra el dogma católico. Es una vil tiranía, dicen, querer que se crea, por ejemplo, en la vida futura, ó la divinidad de Jesucristo. Creer estas y otras cosas parecidas del Credo católico, es una vergonzosa abdicación de los fueros de la razón. Pero luego añaden: debéis creer que no hay más vida que la presente, y que Jesucristo fué un hombre como los demás... Reniegan del católico, y en seguida imponen ellos el suyo. Abominan de la autoridad del Papa, y se erigen al mismo tiempo en maestros infalibles para imponer sus opiniones á los demás. No quieren fe para el Catolicismo, y exigen para sí mismos, ó para sus ideales, una fe y una sumisión ciega, pronta y absoluta.

Así es como entiende la libertad de conciencia esta gente que grita contra el dogma católico.

¡Y luego se llaman amantes del progreso, de la civilización, hombres conscientes libres y enemigos del despotismo!

¡Valientes farsantes!

F.

Buenos sí, tontos no

Vamos á cuentas:

¿Porque motivo no queréis que la Iglesia se meta en política?....

El anticlericalismo se sirve de la política, como de un látigo, para cruzar el rostro á la Iglesia, ¿y no queréis que ella se meta en política?....

El anticlericalismo emplea la piqueta de la política para destruir templos, incendiar colegios, matar religiosos, insultar vírgenes, y arrojar de los asilos á los huérfanos, ¿y no queréis que la Iglesia se meta en política?...

El anticlericalismo se sirve para difundir un diluvio de errores, para propagar á los cuatro vientos la pornografía, para matar las almas mediante la escuela atea, los lupanares y los teatros, ¿y no queréis que la Iglesia se meta en política?...

Entonces, ¿en que se ha de meter la Iglesia si no se mete en evitar todo eso?... ¿que quieres que haga?

¿Quereis que nos concretemos á levantar templos y adornarlos con imágenes, luces y flores, mientras los políticos hacen leyes á cuyo amparo se nos destruyan las imágenes y los templos?...

¿Quereis que pasemos la vida escuchando las armonías de Eslava y de Palestina, mientras al son del himno de Riego, ó de la Marselle-

sa se expulsa ó las órdenes religiosas?...

¿Quereis que nos metamos en la Iglesia á rezar, confesar y comulgar muy devotos, mientras en las mismas puertas de los templos se nos encarnece é insulta?... que hagamos procesiones mientras otros las apedrean?... que nos contentemos con repartir papeletas de Co-fradías, mientras otros se llevan las papeletas de las urnas electorales?... que solo hablemos de Lutero, Arrio, Nestorio y nada digamos de los herejes modernos?...

¿Con que eso es lo que queréis de nosotros? eso ¿nos exigís?... ¿eso nos aconsejáís?...

¡Por Dios, y por María Santísima, no seais memos!... Vosotros podéis exigir que seamos buenos, honrados perfectos, santos...

Pero... ¿tontos??... ¡NO!

AZANEL.

ARRULLOS

I

Pimpollo de canela, lirio en capullo; duérmete sin recelos mientras te arrullo; duérmete, que del alma mi canto brota, y un deliquio de amores en cada nota.

¡Oh niño en cuyos hojos el sol fulgura! cerrarlos es cerrarme de noche obscura; pero cierra, Bien mío, los ojos bellos, aunque tu Madre muera sin verse en ellos

Fuentecilla que corre clara y sonora; ruiseñor que en la selva cantando llora. callad, mientras la cuna se balancea: ¡á la nanita, nana, nanita, ea!

II

¡Ay qué manos tan bellas las de mi
(Niño!
suavidad y blancura tiene de armiño.
¡Que dolor tan de muerte pasa esta Ma-
(dre,
cuando fiero verdugo se las taladre!

— Sienes de leche y rosas, sienes divinas
que habeis de ser punzadas por mil espi-
(nas;
dejadme, blancas sienes, que os bese ahora
con la piedad del Angel que á Dios adora
Y tú, triste presagio que me torturas,
al nacida de penas y amarguras;
huye, mientras la cuna se balancea:
¡á la nanita, nana, nanita, ea!

III

Boquita de amapolas y de claveles,
que has de ser impregnada de amargas
(hieles;
llega, boca divina, llega á este seno,
de leche; de dulzuras y amores lleno
Por Dios, Hijito mío, no habras los bra-
(zos,
que, al abrílos, el alma me haces pedazos
pues me imagino verte cadaver yerto,
colganté, desangrado y el pecho abierto.

Pero huid, negras sombras de mis do-
(lores;
no me nubléis el cielo de mis amores...
huid mientras la cuna se balancea:
¡á la nanita, nana, nanita, ea!

IV

Manojito de rosas y de alelías,
¿qué es lo que estás soñando, que te son-
(ries?
¿cuáles son tus ensueños? ¡dilo, alma mía!
mas... ¿qué es lo que murmuras? ¿Euca-
(ristía?

Yo no sé lo que es eso, Niño del alma:
mas, pues que tu sonrisa mis penas calma
sigue, sigue soñando, mi dulce Dueño,
sin que nada te ahuyente tan grato en-
(sueño.

¡Pajarillos y fuentes, auras y brisas,
respetad esos sueños y esas sonrisas!...

callad, mientras la cuna se balancea:
¡á la nanita, nana, nanita, ea!

¡ea!... ¡ea!... ¡ea!

JUAN F. MUÑOZ PABÓN.

ANUNCIO

ALMANAQUE DE LA VIRGEN DEL PILAR
PARA 1912.

Acaba de aparecer este librito elegan-
tamente presentado bajo preciosas cu-
biertas litografiadas. Contiene, en más
de 150 páginas, texto ameno, piadoso é
interesante.

Colaboran en él los conocidos litera-
tos aragoneses señores Baselga, Celorrio,
Casañal, García-Arista y Sancho Izquier-
do, cuyos trabajos alternan con otros no
menos notables de cinco RR. PP. de o-
tras tantas órdenes religiosas, y del se-
ñor Aguilar Tejera.

El Crédito de la Pobreza y el *Fomen-
to de las Peregrinaciones* son dos de los
artículos entre otros, que firma José Ma-
ría Azara.

El *Almanaque de la Virgen del Pilar*
será el pasatiempo agradable de estos
días que hará excelente papel en la ter-
tulia de multitud de familias de toda Es-
paña. Los grandes pedidos que ya se han
recibido de muchas partes, auguran pa-
ra muy pronto el agotamiento de la co-
piosísima edición que se ha hecho: *la
mayor de todos los libros publicados en
honor de la Virgen del Pilar.*

Un ejemplar, 0'55.—Una docena, 6
pesetas. Oficinas de ANALES DEL PILAR
Plaza del Pilar, 14 entresuelo.—Aparta-
do 59, Zaragoza.

*Ofrece á sus lectores 700 regalos y al
que utilice los vales de reintegro no le
costará un céntimo y aún saldrá benefi-
ciado.*